

La tortura como sistema en la democracia venezolana

Jesús Gazo

Decir que en Venezuela se tortura es una frase abstracta sin contenido emocional ni significado político.

Las reacciones ante esta afirmación son varias. Unos no lo creen. Otros piensan que no puede ser; alguno se queda dubitativo; alguien lo acepta como un hecho irremediable.

Todo esto permanece, claro está, dentro de las capas sociales altas y medias. A ellos no les suele llegar las marcas de la tortura. Están demasiado arriba. El pueblo y la gente de las barriadas no necesitan tener fe para creer; lo saben por experiencia propia. Pero se sienten aturdidos, impotentes, resignados... Los ejecutores físicos de la tortura provienen de su misma masa popular. Los torturadores invisibles, los que dan la orden o consienten la tortura son los "otros" y a ellos no les duele la carne ajena. Suele ser además una carne morena y parece ser que esa carne ha nacido para sufrir: lo aguenta todo.

Pero podría suceder que este sentimiento popular no tenga ningún contenido real; que se quede en una sensibilidad exagerada sin llegar a tocar la fibra política de nuestros pro-hombres. La duda ronda como puerta de salvación para las "buenas conciencias".

Pero cuando uno visita el Retén de Catia y después que te marcan la muñeca con un sello, subes por las tortuosas escaleras de la prisión para encontrarte con unos compañeros que has conocido en la universidad, la frase te hiere el alma con punzadas de indignación. Lo increíble se hace creíble; las dudas se disipan: la tortura es un hecho, una práctica rutinaria en los interrogatorios policiales.

"Sí, a mí me tortura-

ron durante cuatro largas sesiones de interrogatorio. Es algo que quiero borrar de mi memoria y no puedo. Esta experiencia no se la deseo a nadie ni al peor de mis enemigos. Lo último que recuerdo fue un dolor enorme, sutil, insostenible. Lancé un grito y caí desmayado".

La pérdida de conciencia le salvó de la brutalidad salvaje que empleaba su conocimiento para desarticular a un hombre. A este hombre —porque lo es— no le arrancaron una palabra. Los mismos policías sorprendidos y admirados reconocieron su integridad y su valor. Es joven, de apariencia frágil y sonrisa de niño. Terminados sus estudios en la universidad, trabaja a tiempo completo en la organización y bienestar de una comunidad de nuestros barrios. Sus manos no se han contaminado con el dinero fácil de la profesionalidad universitaria. Y lo acusan de atraco a mano armada de una institución bancaria.

"La Petejota se da cuenta enseguida de nuestra inocencia; pero querían que yo les dijera un nombre, les diera una pis-

ta..."

Venezuela se precia de ser una democracia conquistada hace ya treinta años y consagrada por la elocuencia repetitiva de nuestros hombres públicos.

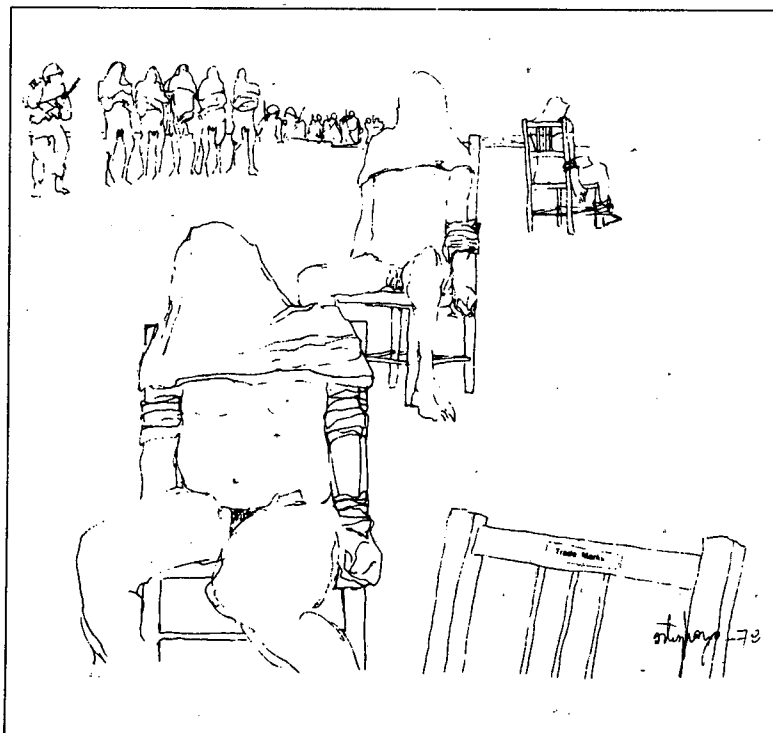
Venezuela posee una constitución moderna que garantiza libertad, trabajo, dignidad y los derechos más elementalmente humanos de los ciudadanos venezolanos.

Venezuela se siente orgullosa de alcanzar niveles altos en la configuración de los pueblos civilizados.

Venezuela conserva todavía fresco el recuerdo doloroso de una época en la que la Seguridad nacional mantenía una dictadura con el pavor de las cárceles y celdas de tortura. Hoy la constitución garantiza a todos los venezolanos el poder vivir libres del miedo a la tortura. "Nadie podrá ser incomunicado ni sometido a tortura o a otros procedimientos que causen sufrimiento físico o moral. Es punible todo atropello físico o moral inferido a persona sometida a restricciones de su libertad". Art. 60 N° 3.

No podría ser de otro modo especialmente porque muchos de los que elaboraron la Constitución sufrieron en carne propia la crueldad de la tortura. Nadie puede odiar más la tortura que el que ha sido víctima de ella.

"Ud. sabe, padre, yo no soy creyente; por lo menos no lo era. En la tortura me encontré con Dios. Él fue quien me dio valor para aguantar y seguir adelante. Había una coherencia entre mi mundo interior —en lo que yo creo— y mi mundo exterior, mi cuerpo sujeto a un dolor insostenible. En esta coherencia de mi fe revolucionaria,



golpeada por la policía, me encontré con Dios”.

Era una confesión hermosa, totalmente desdramatizada. Su sonrisa fresca parecía contar cosas de otro y no su propia y atormentada experiencia.

“En un salón pequeño, estando totalmente desnudo, los pies atados y las manos esposadas a la espalda, los ojos vendados y una bolsa de plástico con gases tóxicos envolviendo la cabeza, seis policías me interrogaban en medio de la tortura. Los golpes eran secos, precisos sobre el costillar para que ante el impacto tuviera que respirar hondo y entrara hacia los pulmones el olor del tóxico. En medio de los golpes las descargas eléctricas para no dejar huella. Los policías me pedían un nombre... Yo les suplicaba: mátenme; soy revolucionario pero no me torturen... Te mataremos pero lentamente hasta que hables...”.

No hubo palabras, no hubo nombres; sólo el dolor acumulado en cuatro sesiones de horas enteras. Al final vino la explosión: el último choque eléctrico, el más fuerte, le arrancó un gran grito y se desmayó. La policía se asustó. Seguramente se habían pasado. Enseguida lo llevaron a una clínica clandestina. Los médicos, cómplices, pudieron reanimar la vida inconsciente y otra vez revivido y rescatado de la muerte, metido en la malleta de un carro y con los ojos vendados, fue llevado a otro lugar:

“Eran otros policías; las voces eran distintas; las preguntas también eran distintas. Pero el interrogatorio continuaba y la tortura seguía adelante”.

Hasta que se le acabó el tiempo legal a la policía y fue trasladado al Retén de Catia. Dos médicos forenses lo examinaron y confirmaron las torturas. Su noticia llegó a la Fiscalía General y saliendo de Venezuela voló hasta Amnistía Internacional. Un hombre valiente, revolucionario, inocente a menos que para la democracia policial venezolana ser revolucionario signifique culpabilidad...

Su compañero de celda y comprometido revolucionario “supuestamente” no fue torturado. Hombre ayezado en las luchas populares había tenido que pasar ya antes por situaciones parecidas. Para “ablandarlo” lo tuvieron colgado de las esposas, en un proceso de crucifixión, durante doce horas seguidas. “¡Cuántas cosas pasan por la mente de uno en esas ho-

ras interminables de dolor que sólo en el alma dejan huella!”. Y en las muñecas pienso yo. Recuerdo cuando lo visité en la sede de la P.T.J.. No hacía más que sobarse las muñecas sin poder decirme nada ante la presencia de un policía que tenía a la orden de no dejarnos solos.

Uno se pregunta por qué un ensañamiento mayor con uno que con otro. La respuesta obvia parece ser la aparente fragilidad física del primero. La policía pensó que sería víctima propicia para su pesquisa. Se equivocaron. Cuando un hombre tiene algo grande dentro de sí su resistencia alcanza los límites de esa grandeza.

Mientras los oía mi mente se iba lejos en busca de esa figura tan familiar del Cristo doloroso, torturado, silencioso, con las manos atadas y la mirada triste salpicada de sangre y esperanza...

Días más tarde, en el ámbito del mismo penal, vino la confirmación de lo que él llamaba “coherencia revolucionaria”. Dos policías de la Petejota fueron internados en el Retén de Catia como prisioneros confesos de corrupción. El vacío a que los sometieron los demás encarcelados fue total. Era un sentimiento defensivo de solidaridad en contra del enemigo —el policía—. Estos dos ex-policías tuvieron que experimentar el camino cruel de los pobres en las cárceles venezolanas. El primer tramo: dormir en el suelo, duro e inmisericorde, sin protección, sin cobijas ni sábanas ni colchón. Y aquí apareció nuestro amigo, el torturado y silencioso con sonrisa de niño. Se acercó a los poli-

cías —sus torturadores— y les brindó lo que tenía: una cobija, una almohada. Ante la protesta de los demás compañeros de cárcel, él dijo la palabra exacta: “Antes que policías son seres humanos”. Ahí está la coherencia revolucionaria. Hombreres de este temple nos devuelven la esperanza.

Este escrito quiere ser un gesto de solidaridad con nuestros amigos universitarios. Pero también quiere ser un grito de dolor sobre la carne desgarrada de nuestros “pobres”: la inmensa mayoría del pueblo venezolano vive en esta democracia el mismo pavor y la misma inseguridad que vivía en la dictadura una reducida élite de políticos y periodistas.

No pensamos tanto en los ejecutores fácticos de la tortura. Son gente que viene del pueblo y, o están enfermos de sadismo, o para poder dar de comer a sus hijos tienen que arrancar la piel a sus propios hermanos. Pensamos más en los que dan la orden computarizada y fría de la tortura; los que sienten sus manos limpias de sangre y pueden dormir sin remordimientos por cumplir su deber de defender el orden y la estabilidad social. Todos queremos vivir en libertad. Pero antes necesitamos de unas condiciones justas para compartir la paz. Mientras no haya justicia, la libertad será la gran excusa de los poderosos para defender su democracia y poder seguir torturando a los revolucionarios y a los empobrecidos, con la conciencia tranquila.

